

LA BELLA LIMEÑA



PERIÓDICO SEMANAL PARA LAS FAMILIAS

Literatura. — Historia.

Modas. — Costumbres.

AÑO I.

LIMA, DOMINGO 16 DE JUNIO DE 1872.

{ NUM. 11.

SUMARIO.

«La Bella Limeña» — Revista de la semana — Bosquejo histórico sobre Bartolome de las Casas — Dos para dos — La envidia — Emigración forzosa — Página íntima — La Matrona de Efeso — Recuerdos — Revista de la moda — Mosaico — Anuncios. &c.

«LA BELLA LIMEÑA.»



UANDO la virtud y la moral son el móvil que guía las intenciones de un periodista, que trabaja infatigable por difundir las luces de la verdadera civilización, desterrando las sombras de la ignorancia y de las preocupaciones vulgares, es evidente que en cada una de sus labores encuentra la satisfacción del cumplimiento de

un deber, á la vez que vé satisfecha una parte de sus más nobles aspiraciones.

No de otro modo descansamos tranquilos en la conciencia pública, cada vez que sale á luz uno de los números de nuestro periódico, porque, como ya lo hemos dicho una vez, nuestras intenciones son sanas, y nada de especulativo encierra nuestra empresa, que solo la hemos abarcado, por amor á las letras y á la civilización, consagrando nuestros débiles esfuerzos en favor del bello sexo, de una manera especial.

Por eso hemos tenido bastante cuidado al escoger y solicitar á los dignos colaboradores de «La Bella Limeña,» cuyos escritos están suficientemente garantidos por sí solos; y por eso es que no aceptamos las apasionadas apreciaciones que hacen los redactores de *La Sociedad* en su crónica del Viérnes, al revistar el *Bosquejo histórico* del señor Vigil, que venimos publicando desde el primer número de nuestro periódico semanal

No los provocamos, sin embargo, á una polémica

ni nos gustaria aceptarla, desde que estamos convencidos de que es una odiosidad personal la que hace que los colegas de *La Sociedad* se manifiestan hostiles con los escritos del respetable cuanto ilustrado señor Vigil. Nuestros lectores juzgarán del mérito de la obra á que aludimos, y fallarán, en justicia, de una manera favorable. Por nuestra parte, estamos verdaderamente complacidos.

La parte poética de nuestro número de hoy, si bien no registra muchas y variadas composiciones, como las anteriores, contiene una delicada obra del conocido poeta nacional Juan de Arona; es una joya literaria que estamos seguros de que será leída con agrado é interés. Las dimensiones que ella ocupa en nuestras columnas apenas nos permiten publicar otra producción titulada *Recuerdos*, que tiene por lo menos el mérito de la espontaneidad de los sentimientos de su autor.

Los EDITORES.

REVISTA DE LA SEMANA.

Ningun acontecimiento literario que pudiera ofrecerme materia para reflexiones útiles ó agradables, tengo que comunicar á mis lectoras.

Los otros periódicos literarios insertan en sus columnas artículos reproducidos de los diarios extranjeros ó producciones nacionales, que carecen indudablemente de mérito.

Solo se debe reproducir aquellos escritos que, encerrando un mérito indisputable, ofrescan un interez univerzal.

Los que dejan agonizar nuestra literatura para ir á mendigar al extranjero lo mismo que podria obtenerse entre nosotros, solo pueden merecer una censura.

Es preciso apartar la vista de ese cuadro.

Ese estado de nuestra prensa nos revela hasta donde podemos ser explotados y hasta donde es cierta la proverbial indiferencia de nuestro carácter y tendencias.

La causa no consiste, ciertamente, en que carezcamos de poetas.

Los llamamientos frios, insignificantes, hipó-

critas, que generalmente se les hace en los diarios no pueden confundirse con las voces sinceras, y obligatorias del verdadero estímulo.

Por otra parte, aquí no se critican las composiciones, literarias con vanas excepciones, ó se destroza una obra injustamente por enemistades personales ó se le ensalza impulsados por la misma influencia.

Presindiendo de una que otra crítica justa, desapasionada que hemos leído alguna vez en ciertos diarios, los demás solo hacen un índice, que significa nada ménos que una vergonzosa confesion de impotencia.

Este estado es triste y desconsolador, sin duda; y lo más sensible es que no podemos abrigar todavía una sola esperanza.

«El Herald» ha comenzado á publicar unas revistas interesantísimas sobre Teatro.

En esas producciones, se revela el poeta espontáneo, juicioso, ilustrado, que puede producir, y está por lo tanto á la altura de la situación y la crítica.

Esperamos que este sea un noble estímulo á los cronistas de los diarios que generalmente, solo escriben artículos, donde se traduce el esfuerzo del deber y no la espontaneidad del crítico ó periodista que ama el arte.

«La Sociedad,» insertó en días pasados una bellísima composición del poeta nacional don Constantino Carrasco á la muerte de un señor coronel Gomez.

Es una feliz imitación de la Oda de Manzoni á la muerte de Napoleon I. traducida por don Heriberto Garcia Quevedo.

Esta composición hermosa en su fondo y difícil en su forma, ha sido universalmente aplaudida.

En el Odeon se han continuado representando algunos dramas y tragedias conocidas ya de nuestro público.

«Sullivan» ó el Negociante y el artista, ha sido uno de los dramas más aplaudidos, Rossi y la Paladini se han conservado á la altura de su reputación artística.

Son dos genios que deslumbran; Rossi es el genio formado por el talento y el arte; la Paladini es el genio del sentimiento.

En el Teatro principal solo se ha hecho notable el Beneficio de Franco, verificado el viernes.

Hasta el sábado lectoras.

MARGARITA DEL VALLE.

BOSQUEJO HISTORICO

SOBRE

BARTOLOME DE LAS CASAS.

POR FRANCISCO DE PAULA G. VIGIL.

(Continuación)

XVIII.

A esta pregunta: ¿por qué siendo hombres los indios y los negros, se aboga por la libertad de aquellos y no por la de estos? nadie contestaba en tiempo de Las Casas de una manera que notase contradicción é inconsecuencia, ó dicho mas bien, á nadie le hubo ocurrido esa pregunta. Y era que aunque todo principio tenga una verdad intrínseca, por su principio, no siempre es conocida por causas diferentes, hasta que por otras causas la revela el tiempo. Todos los hombres son iguales en naturaleza, y sin embargo, por siglos y siglos se ha reconocido, y se reconoce todavía en muchas partes la nobleza de sangre. ¿Cuántas eran en la época de Las Casas, cual era el que tenía por ilícita la esclavitud de negros? Ya se ha visto que la intención del cardenal Cisneros, al prohibir la saca de negros para América, era muy diferente de la que algunos le atribuyen. Respecto de Herrera, en cuyo texto se apoyaban los acusadores de nuestro Obispo, basta leer las palabras del cronista en el citado capítulo, en que habla de la propuesta de Las Casas al canciller, para que se conozca la prevención de ciertos escritores en particular.

Dice así:—«Y por que se entendiese mejor el número de esclavos que eran menester para las cuatro islas, se pidió parecer á los oficiales de la casa de Sevilla, y habiendo respondido que cuatro mil, no faltó quien, por ganar gracias, dió el aviso al gobernador de Bresa, caballero flamenco, consejo del rey y su mayordomo mayor, el cual pidió la licencia, se la dió el rey, y la vendió á genoveses en veinticinco mil ducados, con condición que, por ocho años no diese el rey otra licencia. Merced que fué muy dañosa para la población de aquellas islas y para los indios, para cuyo alivio se había ordenado; porque cuando la merced fuera lisa, como se había platicado, todos los castellanos llevarían esclavos; pero como genoveses vendían la licencia de cada uno por mucho dinero, pocos la compraban, y así cesó aquel bien. No faltó quien dijo al rey, que pagase de su cámara aquellos veinticinco mil ducados al gobernador de la Bresa, y sería de gran provecho para su real hacienda y sus vasallos.»

De esta relación no puede deducirse, que Herrera reprobaba la saca de esclavos negros para América: por el contrario, creía que sería un bien, que todos los castellanos llevarán esclavos á Indias, con lo que se aliviaría la suerte de los indios, pero que la merced concedida por ocho años á los genoveses fué muy dañosa, hizo cesar aquel bien, así como el gran provecho que hubiera resultado á la real hacienda y á los vasallos. Semejante modo de espresarse acredita, que Herrera pensaba como todos los de su tiempo y como el propio Las Casas, cuya propuesta está limitada, á que á los castellanos que vivían en las Indias se diere saca de negros, para que con ellos fuesen los indios mas aliviados. Y no obstante se ha hecho empeño de convencer, que Herrera reprobaba en Las Casas lo que no reprobaba en sí mismo, respecto de la saca de negros para los castellanos de América. Tuvo razón el señor Llorente al decir «Antonio Herrera no contó el caso como acusador, sino como mero historiador.» Ya se ha visto q', cada cual añadía sus propias reflexiones, era, permitasenos notarlo con repetición, era para probar la merced hecha á los genoveses; que impedía el bien de que los castellanos llevarán negros á América en alivio de los indios, y privaba de gran provecho á la real hacienda.

XIX.

Pero esta defensa, en cuanto al artículo de poca consecuencia, aunque en verdad satisfactoria, tiene á favor de Las Casas una circunstancia especial y exclusivamente suya. Era de estrañar en su distinguido talento, acompañado de tan noble corazón, que no hubiese caído luego en cuenta de la inconsecuencia que había en defender la libertad de los

ndios, y contemporizar con la esclavitud de los negros para alivio de aquellos. Pero al fin lo reconoció, confesó su error, lo borró con el arrepentimiento, y con ello desvaneció el cargo que pudiera hacerle la historia, y le hizo caer la pluma con que quisiera escribirlo.

He aquí como se espresaba, hablando de sí como de tercera persona.—«Y por que algunos de los españoles de esta isla (Santo Domingo) dijeron al clérigo Casas, que si estraía licencia del rey, para que pudiesen traer de Castilla una docena de negros esclavos, que abrirían mano de los indios, acordándose de esto el clérigo, dijo en sus memoriales, que se les hiciese merced á los españoles vecinos de ella, de darles licencia, para traer de España una docena mas ó menos de esclavos negros, porque con ellos se sustentaría la tierra, y dejarían libres los indios. Este aviso de que diere licencia para traer esclavos negros en esta tierra, dió primero el clérigo Casas, no advirtiendo la injusticia con que los portugueses los toman y hacen esclavos. El cual, despues que cayó en ello, no lo diera por cuanto hay en el mundo, porque siempre los tuvo por injusta y tiránicamente hechos esclavos, porque la misma razon es de ellos que de los indios.»

En otro lugar dice así—«Alcanzó del rey, que para libertar los indios, se concediese á los españoles de estas islas, que pudiesen llevar de Castilla algunos negros esclavos.» Refiere despues el ningun fruto que dió esta concesión, por el jiro que llenó el privilegio de la saca, y concluye de este modo:—«De este aviso que dió el clérigo, no poco despues se halló arrepiso, juzgándose culpado por inadvertente: ó porque vió, segun parecia, ser tan injusto el cautiverio de los negros como el de los indios, no fué diverso remedio el que aconsejó, de que trajesen negros para que libertasen á los indios, aunque él suponía que eran justamente cautivos, aunque no estuvo cierto que la ignorancia que en esto tuvo y buena voluntad lo escusase delante del juicio divino.» (16.)

Segun esto, Las Casas oyó de españoles en Santo Domingo la idea de llevar negros; la propuso al rey, pero su propuesta no tuvo efecto por el monopolio concedido al caballero flamenco, y que este vendió á los genoveses: despues conoció la inconsecuencia que antes no advirtiera al dar el aviso, y confesó su ignorancia y error, sin permitirle su candor y la pureza de su conciencia tenerse por escusado ante el juicio de Dios. El hombre de bien yerra; pero el error no es culpa: se retracta cuando conoce que ha errado. Por error, tuvo alguna vez Las Casas repartimiento de indios, y cuando lo advirtió, hizo renuncia. Del mismo modo, cuando reconoce su error respecto de la esclavitud de los negros, lo confiesa, se duele y arrepiente. La historia no ha dejado documento que acredite, que algun otro tuvo la misma conducta en ese tiempo.

(Continuará.)

DOS PARA DOS.

NOVELA ORIGINAL DE D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

(Conclusión.)

V.

Al desaparecer Catalina, seguida de Isabel, el nuevo personaje pasea la mirada por la habitación, y se encontró con Jaime, que, cruzados los brazos, lo miraba sin sorpresa, pero dejando ver en su fisonomía la mas profunda lástima. Entonces se inclinó, diciendo:

—Juraria que me encuentro delante de un amigo de quien me despedí hace tres años largos, y en el que he pensado algunas veces con pena. ¿Me engañará la semejanza?

—Miguel, contestó Jaime; no te engaña la semejanza. Ese amigo, al despedirse de tí para siempre, te dijo: «La fortuna es loca, la opulencia hastia, y los placeres se acaban; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontrarás el mio.»

—¡Ah! exclamó Miguel. ¡Quién demonios había de conocerte con esos zapatos de cuero blanco,

con esa camisa de rayas amarillas, con esa cabeza, siempre gallarda, pero horriblemente despeinada, y, sobre todo, con esos moftetes...! Venga la mano, querido patán; venga esa mano, que yo siempre soy el mismo... así, así. Aprieta, aprieta... ¡Cáspita y qué fuerzas has echado!

—Yo, le replicó Jaime; te he conocido, á pesar del hundimiento de tus mejillas, de la espantosa palidez de tu rostro, de la horrible contracción de tu boca. Es mas: te he conocido antes de que llegaras; la presencia aquí de tu mujer me ha anunciado la tuya, y te esperaba.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Conoces á Catalina?

—Sí, Miguel, la conozco demasiado hermosa, y sois los dos demasiado ricos y espléndidos para que no os conozca todo el mundo.

—Es verdad... Algunas veces me alegraría de que nadie nos conociera; pero no es posible. Y dime, ¿tú tambien te casaste?

—Sí; yo tambien me casé.

—¿Con una pobre, por su puesto? Todo lo que me rodea me advierte la estrechez de tu pasión... Y, vamos, con franqueza, ¿eres feliz?

—Tanto como tú eres desgraciado.

—¡Diablo! ¿y qué haces para ser tan dichoso?

—Trabajo, amo y rezo.

—Pues son tres cosas bien poco divertidas.

—¿Y tú...? Despierta mi envidia pintándome tu paraíso. Siéntate, siéntate, y habla. Te voy á oír con la boca abierta.

Miguel se rascó la cabeza, se pasó el pañuelo por la frente se atusó el bigote, y dijo:

—¿Yo...? ¡Bah!...! ¿Qué he de hacer...? Gozo.

—¡Ay Miguel! exclamó Jaime: no puedes engañarme, por que veo en tu rostro la desesperación de tu alma.

—No te negaré que experimento algunas contrariedades; que tengo disgustos. El carácter de Catalina no encaja bien con el mio; le gusta un poco ejercer el imperio de sus seducciones; ofrece demasiado sus encantos; tiene mucho partido entre los hombres, y me hace padecer celos feroces; pero yo adoro el atractivo con que enciende mi sangre; de tal modo, que algunas veces siento, como Calígula, el vivo deseo de buscar en sus entrañas la causa oculta del ciego deleite que me inspira. Es posible que acabemos mal, porque no va por buen camino; pero esto tiene tambien sus goces, goces estraordinarios que tú no comprendes.

Jaime le disparó la siguiente pregunta á quemarropa:

—¿Y qué harías en el caso de una infidelidad?

Los ojos de Miguel relampaguearon, como si dentro de su alma hirviera una tempestad; y al relampago siguió el trueno, pues con voz sorda dijo:

—La venganza es un gran placer; y en el caso de una infidelidad, la mataría.

—No lo creo, replicó Jaime con desden. Hablas así por... por hablar.

—¡Te juro, exclamó Miguel que la mataría!

Y apretando el brazo de Jaime con sus manos crispadas, añadió:

—Te digo mas... la mataré.

—Pues yo te repito que no lo creo.

—Supon, dijo Miguel paseándose con agitación febril, que la infidelidad existe, que la descubro. Supon que no he de ser tan bárbaro que vaya á matarla en un arrebato de celos, que me pondría en ridículo ante la sociedad, y en grave compromiso ante la ley. Supon, en fin, que pienso las cosas, que las medito, y que sé hacerlas.

—Muy bien, replicó Jaime; pero de todas esas suposiciones no saco nada en limpio.

—Imaginate, continuó Miguel, que coloco todos mis fondos en el Banco de Lóndres; que Catalina y yo vamos á pasar unos días... por ejemplo, á nuestra quinta de Carabanchel, de donde oportunamente han desaparecido todos los criados, y cuya llave llevo yo en el bolsillo. Imaginate que entre el jardín y el parque hay un pozo profundo de una noria inutilizada; que por allí se pasa para llegar al pabellon de Catalina, donde hay luz, aunque no está su doncella. Imaginate que llegamos de noche, que entramos solos, dejando la berlina en el camino; que salgo yo á los cinco minutos, despues de dejar á la señora perfectamente

te instalada; que tomo de nuevo el coche, que corro á la estacion, que alcanzo el tren que va á salir y que no paro hasta Bayona... ¿Te parece que no he meditado bien el caso de una infidelidad?

Jaime contempló á su amigo algunos instantes con verdadera angustia, y bajando la voz le dijo:

—Si vieras tu rostro en este instante, te espantarias de ti mismo. Y, sin embargo, no me sorprende lo que acabas de decirme, porque lo presentia; el crimen feroz que proyectas entra perfectamente en el orden de tus desastrosas ideas.

—Ella es la culpable, rugió Miguel con voz sombría.

—¡Culpable exclamó Jaime... Culpable ¿de qué? ¿Con qué derecho vas á pedirle una virtud que tú no tienes, una pureza que tu materialismo niega? Si fuera de esta vida no hay nada, ella, como tú, lo quiere aquí todo. ¿Con qué freno has de sujetar la violencia de sus apetitos? Sin un Dios que juzgue nuestras acciones y nuestros pensamientos, que castigue y perdone, que aflija y que consuele, no hay justicia, ni derecho, ni amor, ni virtud.

¿Y qué Dios es ese? preguntó Miguel.

—Dios trino y uno, contestó Jaime. El Dios que te hizo de nada, infundiéndote un soplo inmortal de su divina esencia; el Dios que humilla á los poderosos y ensalza á los humildes; el Dios que toma carne mortal y muere en una Cruz por redimirte; el Dios que llama en este instante á tu corazón, impidiendo que cometas un crimen espantoso; el mismo Dios que te ofrece toda su misericordia en cambio de tu arrepentimiento: el Dios verdadero.

—¡Es tarde, es tarde! exclamó Miguel agitado.

En aquel momento sonó un ruido repentino, que prolongó, apagándose poco á poco.

—¿Es mi coche que se aleja? preguntó.

—Eso parece, contestó Jaime. Y se coneece que va á escape.

—No es posible; pero, veamos.

Isabel, apareciendo en la puerta, detuvo á Miguel, que iba á salir. Realmente era la aparicion de un ángel. Su bata azul realzaba la blancura de su cuello, dejando admirar la noble majestad de su casta figura. Sus rubios cabellos brillaban al rededor de su frente como una aureola, y en sus ojos, de un negro azulado, resplandecian dos lágrimas, como dos estrellas en el fondo de un cielo oscuro.

—Caballero, dijo inclinándose tristemente delante de Miguel: Catalina me ha entregado para V. esta carta.

Miguel la tomó con respeto, y, acercándose á la luz, la devoró con sus ojos. Despues se la dió á Jaime, diciéndole:

—Lee, lee.

La carta contenia estos cuatro renglones:

«Sin que Isabel pudiera impedirlo, lo he oido todo desde la puerta. Me vuelvo á Madrid, y no creo que cometerás la infamia de ponerte en mi presencia.

«Guerra implacable.»

«CATALINA.»

Jaime devolvió á su amigo la carta de Catalina, mientras Isabel decía.

—No he podido detenerla: mis caricias, mis supplicas, mis lágrimas, todo ha sido inútil; mas no debe V. afligirse; es muy impetuosa y muy decidida, pero es buena.

Miguel se inclinó ante aquellas palabras bondadosas y ante aquella voz llena de dulzura, y le dijo:

—Lo siento y me alegro. Lo siento, porque voy á proporcionarle á V. la molestia de un huésped desconocido; y me alegro, porque pasará aquí la noche.

—Tú, replicó Jaime, no eres aquí desconocido: han oido tu nombre muchas veces, y todos te conocen en esta casa, y todos te estiman.

Estas palabras las pronunció echándole el brazo por el cuello. Isabel añadió:

—Tiene V. á nuestro cariño y á nuestra confianza un derecho incontestable, que consiste en el gran afecto que mi marido le profesa; nosotros queremos todo lo que él quiere.

Aun tenia Jaime abrazado á su amigo, cuando entró la abuela con el nieto en los brazos; Miguel la saludó, y besó al niño. Detrás de la abuela entró Luis, cuya rubia cabeza acarició el huésped.

Se acercaba la hora de la cena, y la familia tenia costumbre de reunirse en la sala antes de ir al comedor, donde encontraba una mesa limpia y un alimento sano.

Despues de la cena los dos amigos salieron al jardín, donde permanesieron hablando hasta la madrugada. Miguel habia cenado poco, pero durmió algo.

Al dia siguiente por la tarde se despidió de la familia, con gran sentimiento de todos. De Isabel y de su madre, por que parecia muy desgraciado; de Luis, porque aquella mañana habian cogido pájaros en el parque, y se habian hecho muy amigos.

Jaime acompañó á Miguel hasta el camino, donde esperaba un coche de alquiler que se habia hecho venir de Madrid.

Los dos amigos se abrazaron; y Jaime dijo:

—Creo que no debes detenerte en Bayona, ni ir á Paris.

—Ahora, le contestó Miguel, voy á Londres, y el invierno lo pasaré en Italia.

Al separarse se abrazaron de nuevo, y el coche partió al fin, tomando el camino que conduce desde Carabanchel á la estacion del camino de hierro del Norte,

Miguel iba diciendo:

—¡Qué dichosos son!

Mientras su amigo, viendo desaparecer el coche á lo lejos, decía:

—Aun puede ser feliz.

Lo que acabo de contar ocurrió á principios de agosto, y en noviembre recibió Jaime en Madrid una carta bastante original. Estaba fechada en Roma, y empezaba:

«Querido Jaime...»

En seguida aparecia el *Credo*, copiado palabra por palabra, en letra clara, igual y rasgos firmes; letra que me atrevo á llamar fervorosa. Al pie del *Credo* se hallaba la firma, en esta forma:

«Tuyo:»

«MIGUEL.»

FIN.

LA ENVIDIA.

La envidia es un veneno corrosivo que hace de la criatura una vívora maligna y despreciable.

Voy á ocuparme, con disgusto mio, de esta reina pasion que busca su morada en los corazones pequeños, y digo con disgusto porque me es mucho mas grato hablar de las cualidades buenas de la mujer que de las malas; pero como todos los cuadros necesitan ese claro-oscuro indispensable para los contrastes mis *Estudios Sociales*, deben tambien comprender los vicios y las virtudes del bello sexo, que si tiene muchos de aquellos, no carece tampoco de estas.

Ya en mi libro de educacion titulado *Deberes de las mujeres*, he hablado de la envidia, sin embargo la trataré aqui mas estensamente despues de copiar algunos párrafos del citado libro.

«Este defecto cruel, que se presenta en los niños antes que ningun otro, es el que mas pronto corrompe los buenos instintos, pervierte el corazón y marca su nefanda huella en el rostro de la criatura.

«Cuando veais una fisonomia inexpresiva, pero sarcástica, unas megillas prominentes y angulosas, unos ojos de mirada recelosa y viva, y de color por lo general azulado claro ó grises, allí está la envidia. Instantáneamente marca su sello poderoso en el rostro de la persona cuyo corazón domina. La envidia se revela siempre: como el sol que aún velado entre nubes cenicientas ilumina y manda á la tierra su benéfico rayo, así la envidia envía á los mortales el rayo de su intemperancia y de su ira, envuelto por lo general en el dardo venenoso de la calumnia.

«Se apodera del corazón y reina en absoluto esta ruin pasion, seguida por un séquito de inclinaciones mezquinas, miserables y bastardas. Aleja con mano fuerte todas las cualidades buenas y queda sola cuando ha llegado al apojío de su dominio para hacer del ser desdichado que la posee un ente abyecto, ridiculo y despreciable.

«Sus impresiones son fatales, pues donde otros encuentran hermosura, ella vé fealdad; donde otros hallan bondad, ella vé hipocresia; á la modestia llama vanidad calculada; al genio destellos pasajeros de una imaginacion viva; á la elegancia, vanidoso alarde del orgullo; por último cuando todos se muestran ella se esconde, cuando todos hablan ella calla.

«Tal es la envidia; negro borron que imprime la mano de satanás en el inocente corazón del niño.

«Madres previsoras, madres amantes de vuestros hijos, bienchoras de la humanidad, uníos á mí, levantad la voz con la mia, y acudamos á cortar en la niña ese perverso instinto; ayudadme á borrar ese sello de reprobacion, antes que se marque, antes que adquiera preponderancia, antes que forme alianza con el orgullo y cegando la inteligencia se apodere por completo del alma, cortando los buenos instintos y destruyendo la preciosa semilla de la bondad, los ricos gérmenes del bien de la inocencia y del candor, que son el patrimonio esclusivo de la niña antes de descubrir el aguijon venenoso de la nefanda envidia.

«Cuando un niño se ha hecho envidioso le vemos uraño, macilento y triste; codicia todo lo que no tiene, y siempre encuentra en los demás alguna cosa que admirar, disgustándole cuantos objetos son de su propiedad. Esta ansiedad continua le hace estar en perpetua lucha con sus propios instintos y nunca puede ser feliz, por que á medida que avanza en la carrera de la vida, crecen los ímpetus de su satánica predisposicion y llega á sentir una desgracia inmensa; enervándose los sentidos hasta destruir por completo los gérmenes de la inteligencia, por que el fatal anhelo de codiciar todo lo ajeno embota á veces el entendimiento, por brillante, por luminoso que sea.

«Ningun talento claro y despejado puede sospechar, ni remotamente, que haya en su mismo cargo ó profesion quien le haga sombra; cada uno brilla con su luz propia; cada uno tiene su distintivo, su carácter especial que le distingue de los demás y todos caben en la humana esfera, sin que amenace el valor de los unos la elevacion de los otros.

«Esto no pueden conocerlo los envidiosos; se creen oscurecidos, humillados, cuando otros sobresalen en su presencia, declarandoles por este solo motivo un odio mortal y empleando para rebajar el mérito ajeno que los mortificó, el arma infame de la calumnia.

«La mujer envidiosa no puede reproducir la viveza de su sentimiento y descubre su falta inmediatamente. Quisiera ser sola en el mundo y declara guerra á muerte á toda la que vale mas que ella, haciéndose por este motivo tan odiosa y tan antipática, que ni en su misma familia encuentra afecto y simpatía.

Y en verdad que no debe haber criaturas mas desgraciadas en la tierra; ellas no hallan instante completo de satisfaccion, y no pasa dia sin que sientan la mordedura venenosa del áspid que las roe las entrañas. La dicha ajena las dá celos; el engrandecimiento de sus amigos las exaspera y los elogios que oyen tributar á los extraños las ponen de un humor insoportable. Esta es su vida.

«Para ejemplo de lo anteriormente espuesto, vamos á presentar un tipo copiado al azar de los muchos en que abunda la sociedad.

«Era una elegante señora, rica; bastante bella y dotada de un talento nada comun; poseia una instruccion vasta y multitud de conocimientos puramente de adorno, merced á los cuales conseguia brillar en los salones de buen tono, siendo uno de los principales ornamentos. Hace muy poco tiempo que se hallaba en Madrid cuando la conocí; vino á la corte casada con un hombre muy rico, que adoraba en ella, y sea por cariño ó

por debilidad de carácter, consentía en todos los impertinentes caprichos de su envidiosa mujer.

«Empezó mi buena señora por acudir á las sociedades, volviendo á casa cada noche atacada de una convulsion nerviosa.

Oh! es insoportable—decía arrojando sus galas con iracundo enojo, has visto que insolente se presentó la Marquesa de...desafiando á todas con la luz de los infinitos y magníficos brillantes de que iba cubierta. Yo tuve que esconderme, pues, mi pobre aderezo de perlas al lado suyo me oscurecía completamente, y á mi no me gusta hacer un papel desairado. Aseguro que no volveré á su casa y si vuelvo será llevando datos ciertos de su borrascosa vida, para hacerlos correr de boca en boca y que sea el ludibrio de cuantos van allí para ser insultados con su escandaloso lujo.

—Harás mal; la contesta su pacientísimo marido; la Marquesa es una señora de la primera aristocracia y debe presentarse como quien es, mientras que tu no posees ni la décima parte de sus rentas y no debes por ningun concepto pretender igualarte á ella.

—Pero me humilla y yo valgo mas; por que mi vida no está manchada como la suya y no lo sufriré; te prometo que la he de poner en ridiculo, dice la esposa, destrenzándose con furia los cabellos y corriendo á encerrarse en su cuarto para meditar sobre la infernal idea de desaredictar á la Marquesa.

«Efectivamente llega otro dia de recepcion: la invitan creyéndola una señora digna y decorosa y se presenta con el veneno en el corazon y la sonrisa en los labios. Empieza su plan de ataque, mordiendo sin piedad en su reputacion á la pobre Marquesa, que se esfuerza en obsequiarla, recibiendo en su casa con la mas esquisita finura; pero llegan estas calumnias á sus oidos y da órden para que jamás se vuelva á recibir en sus salones á aquella *mujerzuela*. Con este motivo le quedan cerradas las puertas de la aristocracia, por que la marquesa cuenta á sus amigas lo ocurrido, cunde la voz y en todas partes la rechazan, quedando sola y aislada con la carcoma de la envidia.

«En tal estado la toma con su marido, creyéndose que la desprecian porque no es bastante rica para alternar con las señoras de alta clase, y el infeliz se esfuerza en vano por convencerla de que ha sido la causa su mala costumbre de no hablar bien de nadie; defecto que no puede reprimir, pues una mala lengua inspirada por la envidia es como un torrente que sale de madre y lo atropella todo, sin atender á las consideraciones que deben guardarse en sociedad.

«Ella no lo conoce; la envia ya hemos dicho que ciega el entendimiento mas despejado.

«En tal caso no le queda otro partido á nuestra envidiosa que quiere á toda costa brillar y lucir sus encantos, que pretender la inviten en las reuniones de la clase media donde se presenta queriendo sobreponerse á todas y como dispensando con su asistencia una gran honra á la modesta sociedad que la admite en su seno; mas como la educacion, el mérito verdadero y la modestia son lo que imperan en todas partes, eclipsando á la riqueza y á la altanería, no tarda en hallarse mortificada por la envidia encontrando en todo motivo de censura y empesando á manejar á diestro y siniestro su lengua de víbora, hasta que conocido el mal que la aqueja es arrojada innominadamente de los salones de la clase media como lo fué de la aristocracia.

«En este último apuro pretende recibir en su casa, y al efecto gasta enormes sumas arriunando á su pobre marido, con el objeto de dar á su recepcion toda la esplendidez necesaria. Invita á las señoras que conoció en sociedad; pero acceden pocas porque ha perdido su prestigio y nadie la aguarda las consideraciones debidas á una señora de su clase. De estas van desertando paulativamente así que la tratan, y queda reducida su sociedad á unas cuantas solteronas y á hombres que se divierten viéndola.

—«Oh! las mujeres son insoportables! esclama: ¡cuán pudiera ser hombre.

«Así concluye por renegar de su sexo la que en todas partes fué dejando el veneno de su envidia, recibiendo en cambio el desprecio y la antipatia

general. Viven, estas pobres mujeres, aisladas, sin consideraciones, sin aprecio, siendo el tormento de sus familias y causándose á si mismas la desgracia, porque todo lo ven con los negros colores del prisma que las envuelve; y en vez de hallar risueños y puros placeres, solo ve en torno sayo tétricos desengaño y falsos amigos, que huyen apenas pretenden poner á reserva su amistad.

«La vida de la envidiosa es un tormento porque no tiene enmienda; solamente consigue con el tiempo disfrasar su maquiavelismo aprendiendo á herir mejor y con dardo mas seguro.

«Hé aquí demostrados los efectos de esa pasion bastarda, en un ejemplo, cuando pudiera citarse mil; pero basta para que las madres de familia comprendan toda la importancia de su mision sobre la tierra; basta y sobra para que las almas sensatas y elevadas pretendan con todas las fuerzas de su alma desarraigar en la niñez esa mala semilla que ha de turbar la paz de sus hijos, haciendo solremanera desgraciados á estos caros pedazos de sus entrañas. Con un poco de atencion en los primeros años se corrijen estas y otros defectos. La religion es la base de la vida moral; la educacion de la vida social. Inculquense en la niñez ambos principios; háganse respetar sus preceptos y las madres habrán con seguido un gran triunfo sobre el genio del mal que se cierne en torno de nuestra flaca naturaleza.»

Despues de lo espuesto, muy poco nos queda que decir; sin embargo, aun echaremos una ojeada por el campo social sin que se nos escapen los signos infalibles de la infernal serpiente que puso la manzana de la discordia en las inocentes manos de nuestra primera madre Eva, por envidia de su felicidad.

Este fué el origen de tan ruin pasion y desde los primeros tiempos estamos viendo los funestos de ese mal tan arreigado por desgracia en la humanidad, mas visible en la mujer pero no exento del hombre en el que su influjo es mas notable y de mas fatales consecuencias, por que dominan hasta en política y puede á veces trastornar los estados y causar hondas perturbaciones en los pueblos.

Empero nuestra mision está reducida al sexo bello: dejemos al feo con su fealdad y sus defectos, mayores aun, si se examinan, que los de las mujeres, y limitémonos en lo posible á perfeccionar la educacion social de la mujer, inspirándola un amor profundo y sincero á la instruccion y á la cultura que ha de elevarlas hasta el hombre, y que ha de dar luz á sus almas, hoy sumidas por lo general en las tinieblas de la ignorancia, sobre todo en nuestra atrasada España.

La fatiga hace caer la pluma de nuestra mano. Buscaremos para los próximos artículos horizontes mas risueños, que fortalezcan el alma y den vigor al espíritu abatido. En vez de los negros colores con que hemos tenido que pintar la *frivolidad* y la *envidia* elegiremos en el rico repertorio de las virtudes femeninas, otro color de rosa y oro que nos dan *Lo abnegacion*, *La piedad* y *La modestia*.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

EMIGRACION FORZOSA Y EXPONTANEA.

¿Qué significa este movimiento, este oleage, este hervidero, esta ebullicion de gentes que se cruzan, se agitan, se marchan ó se despiden apenas apuntan los últimos dias del año? Los comerciantes liquidan, los empleados piden licencia, los propietarios se la toman sin pedirla, los artistas concluyen las obras pendientes, las señoras arreglan sus vestidos, y el que no va ya saltando por esas líneas férreas buenas ó malas, se ocupa de hacer su arreglo de viaje, de procurarse el dinero, ó de tomar habitacion en Ancon.

Los Israelitas se daban menos prisa á salir de Egipto despues de la cautividad de Babilonia, que se dan mis contemporáneos á salir de Lima, en cuanto se vá acercando el Sol para alumbrar un nuevo año.

Escusado es pensar que se puedan oír en ca-

lles, en paseos ó en visitas otros dialogos que los siguientes:

—¿Quiere U. algo para Huacho?

—¿Cuándo se va U. ?

—El catorce.

—¿Qué lástima! Yo salgo el 17. A haberlo sabido, hubiéramos combinado ir juntos.

—¿Dónde vá U. este verano?

—Voy á Ancon con la familia. ¿Y Usted?

—Yo tengo tomada casa en Chancay.

—Pues Carolina me habia dicho que probablemente la llevaria U. á Miraflores.

—Eso habia pensado, pero últimamente se ha resuelto que pase la temporada en La Punta, con las niñas.

—Es igual; el objeto es salir. ¿Y el primo dónde vá este año?

—Duda entre Ancon, Chorrillos ó Miraflores.

—A los pies de U., señora: ¿vá U. este año á Chorrillos?

—Pensaba, pero mi marido dice que me sienta mejor Ancon. ¿Y usted?

—Yo voy á mandar la familia á Huacho, mientras doy una vuelta por Payta.

—Bien hecho: es menester salir á cualquier parte: en Lima es imposible pasar el verano. Mistios se van al Callao.

—Mi prima Lolita se fué ayer á Chancay. Juanito sale el jueves para Huacho.»

Esto es lo que se oye: y al mismo tiempo se vé salir en todas direcciones las carretas atestadas de equipajes de los que se ván. En efecto, el quedarse se vá haciendo escepcion. Casi da vergüenza quedarse en Lima, por que es de mal tono. El que dice que se queda, añade infaliblemente á renglon seguido la causa poderosa que le imposibilita de salir, porque de otro modo se acreditaria de hombre de mal gusto, ó revelaria otra mayor flaqueza.

¿Qué es lo que mueve y ocasiona esta general emigracion? ¿Es el temor á los calores del estio, y el anhelo de buscar un clima mas benigno y mas fresco? Verdaderamente que el señor Febo ejerce sobre la capital del Perú, por espacio de tres meses, un *despotismo ilustrado* ó al menos *luminoso*, no muy suave y si muy directo y nada disfrazado. Pero en Lima hacia el mismísimo calor en tiempo de Pizarro y sin embargo nuestros progenitores pasaban el verano en la capital y no se morian de calor. La emigracion es del Siglo XIX.

Verdad es que entonces no habia los medios de comunicacion y la facilidad de trasportes que ahora. Entonces no habia ferro-carriles como ahora, y esta es una causa, á no dudarlo, porque la facilidad trae la tentacion. Pero otras son las que en sentir de mi conciencia influyen mas directamente en la picazon de mudar de domicilio, ó por mejor decir, una que las absorbe y reasume todas; causa grande, poderosa, altamente impulsiva, irresistible, á saber, la *moda*, ó mas bien dicho, la *monada*.

En Lóndres es moda pasar el verano fuera de la ciudad, y aun salir todos los dias de fiesta. En París, en toda la Francia es moda veranear en la *campaña*, y aun pasar en ella los ocho meses del año. Escusado es buscar en su casa á una persona, avecinada en París, medianamente acomodada, en las estaciones de estio y otoño; la respuesta infalible de la *bonne* ó del *domestique* es: «*il est á la campagne.*» Sin embargo, no hay que creerlo siempre: muchas veces están en casa él y toda la familia, pero sin darse á ver de nadie, y pasan la temporada en un delicioso encierro, por el placer de decir: «*il est á la campagne: tout le monde est á la campagne.*» Porque seria de muy mal tono no estar en la *campaña*, y bien merece el pasar por gente de tono unos cuantos meses de esclavitud doméstica.

Si es hombre de negocios y se le encuentra todos los dias en bufete, dice que pasa allí el dia, pero que todas las noches se vá á dormir á la *campaña*. El caso es que suene que no vive en la ciudad sino en la *campagne*.

Y siendo moda y artículo de lujo en Lóndres y en París no pasar el verano en la ciudad, ¿qué se diria de los peruanos del Siglo XIX sino hubieran hecho capituló de tono y de moda salir de

Lima en cuanto indica el sol que quiere picar un poco, ó en cuanto asoma el primero del año, que pique el sol ó no pique. ¿Y que importan las molestias de un viaje, las privaciones de un infame hotel, el abandono de los negocios y la horfandad de la familia, con tal de no pasar por personas de mal tono, y de no dejar de hacer lo que hacen en Londres y Paris?

Pero hay otra causa no menos poderosa é influyente en esta general emigracion, á saber, la necesidad de tomar baños, lo cual merece un capítulo especial.

F. BARRETO Y HELGUERO.

Lima, Diciembre de 1871.

PAGINA INTIMA.

ARRANCADA DEL INTERIOR DE UNA CARTERA
PARA «LA BELLA LIMEÑA.»

I.

¡Cuan dulcemente puede reasumirse mi vida!
Amarla...! esperar...! un solo pensamiento, una sola ambicion, sentir que mi vida no es sino un reflejo de la suya...oh! yo he visto sonreír á mi alma con la sonrisa inefable de los angeles!

Yo no se lo que me pasa, pues me parece que me engañan mis ojos; hay momentos en que verla distante de mi, separada de mi...no, no puede ser.

Ella está en mi corazón, es ella quien palpita en sus labios, es ella quien llora, quien sonríe, quien se mueve en sus generosos sentimientos.

Está en él, domina en él, ahí vive su vida de amor; por eso, sobre mi pecho, oprimo mis manos temblorosas para acariciarla apasionado.

II.

Un dia nuestras manos se juntaron y, al unirse, nuestras almas se comprendieron.

Las manos lo transmiten todo; tienen palabras silenciosas de que carecen los sonidos.

Entonces nuestros corazones quisieron exhalar en un suspiro y nuestras miradas se encontraron.

Las miradas de amor son los suspiros del alma.

En ese instante sentí que nuestras almas se besaban.

III.

La miraba. El beso de nuestras almas resonó en el cielo, como los ecos de un juramento.

La miraba. Bella como un sueño estaba circundada de vivos resplandores.

Mi alma se turbó en el infinito de la felicidad y sentí que iba á caer de rodillas para besar la huella de su pié.

Su mirada me detubo. En la pupila de sus negros ojos centellaba una chispa misteriosa; era como el metoro en el abismo.

En ese instante la sentí próxima á la eternidad y me estremeci con religioso temor.

Creí que iba á perderla, que iba á volar al cielo, á evaporarse.

Entonces mis labios se agitaron; la llamé, y al pronunciar su nombre en el fondo de mi alma resonó una súplica:

Yo la rogué que no me abandonase.

IV.

Aun parece que la veo.

Sus ojos se llenan de lágrimas, el rayo de su mirada centellea y su pupila se dilata. Luego su mirada se fija apasionada, y momentos despues inmóvil, radiante, enamerada, se hace vaga como la inmensidad. Oh, ella debe contemplar á Dios en ese instante!

V.

Yo la amo.

Ella inspira á mi alma un sentimiento superior, desconocido.

¿Cual es mi deseo?

No es verla, no es sentir el contacto de su mano, no es escuchar su voz; es algo mas: nuestras almas...yo vi una vez que dos gotas de rocío se comprendieron en el caliz de una flor.

VI.

Un dia me dijo que su amor no era ya mio y mi corazón no sintió nada: se habia muerto.

Reí y mi risa fué la del idiota; hablé y mis labios dijeron una blasfemia.

Dios tubo piedad de mi y mi corazón resucitó.

¿Me amaba ella?

—No.

Pero mi corazón latía y mis ojos lloraron sin consuelo.

Lloraron la muerte de mi felicidad pero no la muerte de mi amor.

Yo la amaba; y al pensar que tal vez maldeciría mi nombre en ese instante, llorando imploraba piedad al Dios de las misericordias.

Yo la imaginé indiferente, la imaginé aborreciéndome...¡que impostura! mi alma bañada en llanto la bendijo enamorada.

VII.

Próximo está ya el momento de mi felicidad.

Mi alma se detiene deslumbrada y tiembla.

Reina en ella un silencio religioso; siento latir mis sienes y el precipitado palpitar del corazón.

Una fuerza invicible cierra mis ojos y abismos insondables se presentan ante mi.

Sublimada el alma la siento anonadarse.....

Si; yo lo sé: al llegar á la cima de la montaña es necesario descalzarse y bajar la cabeza: es Dios quien viene en medio de la zarza.

JULIO DEL MAR.

Lima, 1872.

LA MATRONA DE EFESO. (1)

POR

JUAN DE ARONA.

Que! ¿no bastaba á la ciudad galana
La fama de su templo de Diana,
Que los Dioses le enviaron ex-profeso
Una matrona, casta en tal exeso,
Que por antonomasia se le aclama
La *Matrona de Efeso*?

Era tanta la fama
De la casta, virtuosa y pura dama,
Que reputada de su sexo adorno,
Venian las mujeres del contorno
A inspirarse en su ejemplo,
Y á venerar su casa como templo.

El glorioso Caistro,
Rio de la ciudad, en su registro,
En sus viejos anales no consigna
Virtud mas alta ni Beldad mas digna.
Ni sabe de algun hombre
Que mas dichoso con razon se nombre
Que el que con ella dividiendo el lecho
Posa sus sienes en tan casto pecho.

Mas la muerte que siega
Las mas preciadas flores,
Al tálamo nupcial un dia llega,
Y el esposo feliz la vida entrega
En sus años mejores.

Viuda ya la matrona
Con nuevos hechos de su amor blasona:
No solo hasta la última morada
Fué del féretro en pos desmelenada,
Y el rostro maltratado de cristal pulcro;
Sino que descendiendo hasta el sepulcro
Donde colocan al marido extinto,
¡Resolucion estraña!
No hay quien la arranque del fatal recinto.

Una sola criada la acompaña,
Y fiel como ella, el rostro en llanto baña;
Y de solicitud haciendo alarde
A ratos reanima
La moribunda lámpara que encima
Del monumento arde.

En balde vienen repetidas veces
Los amigos, los deudos, y aun los jueces
A disuadir á la matrona apuesta
De su intencion funesta,
Que ella erre que erre,
Junto al cadáver hórrido se acuesta
Y no hay quien de su lado la destierre.

No se hablaba en el pueblo de otra cosa
Que de la santa y ejemplar esposa,
Que tantas horas del esposo al lado
Velando estaba sin probar bocado.

«No hizo mas Artemisa por Mausolo»
(Decian) que ella limitóse solo
A darle sepultura extraordinaria,
Y á beberse en ceniza al Rey de Cária.»

Aquella noche misma,
No lejos de la bóveda en que llora
La singular señora
Que en su dolor se abisma,
Una cruz que patíbulo denota
(Como que lo era en esa edad remota)
Se alzó, y un reo fué crucificado
Por no sé qué pecado.

No tardó el centinela
Que del ajusticiado el cuerpo vela,
Por si un alma de Dios venir procura
A darle sepultura,
En distinguir la ténue luz que oscila,
Y los entrecortados ululatos
Que interrumpen á ratos
De aquel santo lugar la paz tranquila.

El rústico Efesiano,
De la genial curiosidad movido
Que es propia á todo humano,
Llevó el pié sin ruido
Hacia el sepulcro arcano;
Y una vez que á la cámara se asoma,
De lo que vé se pasma,
Que á la matrona toma
O por aparicion ó por fantasma;
Y turbado y confuso
En devaneos mil la mente puso.

Pero el cadáver yerto
Que á su vista se ofrece, y el difuso
Cabello de la dama lacrimosa
Que rueda por sus hombros sin concierto,
Le hacen del caso comprender lo cierto;
Y vé que es una inconsolable esposa
Que hasta limites nada naturales
Prolonga los deberes conyugales.

Movido á caridad, fué por su cena,
Y á dividir con él la racion corta
A ama y criada exhorta;
Y disuadiendo á aquella de su pena,
«Buena señora (le decia) advierte
Que por mas que con llanto lastimoso
Reclames al esposo,
No has de hacer que despierte;
Porque es su sueño demasiado fuerte
Para que despertarlo esté en tu mano.
Piensa en tu duelo insano
Que á ti, y á mi, y á todo ser humano
Ineludible término es la muerte.
Nadie de este fracaso se precave,
Tu esperiencia lo sabe;
Deja vanos extremos
Que todos, todos á morir nacemos.»

Agotaba el buen hombre las razones
Que se estilan en tales ocasiones,
Y las vulgaridades; sin que á ella
Le hagan ninguna mella;
Antes con nuevo enfado

Se arrancó de cabellos un puñado
Que por ofrenda tributó al esposo.

El soldado mañoso
No desmaya por esto
Y sigue firme en lo que se ha propuesto.
Hasta que la criada
Al fin como plebeya mas menguada,
Vencida del ayuno
Tan largo é importuno
Y del aroma embriagador del vino,
Cedió á la grata tentacion del plato
Y comió á poco rato.

Ya con este refuerzo,
Que a ser á un tiempo vino
Cena, comida, almuerzo,
Mas alentada, ella tambien se encarga
De persuadir á su ama á que desista
De mas lamentos y al puchero embista,
Y esta oracion le larga:

« Cuando hay en la ciudad tantos pelmazos
Que muriéndose estan por tus pedazos,
Y beldad tanta y juventud reúnes,
¿ Justo será que hasta morirte ayunes?
Aun no llegó la hora
De morir, mi dulcísima señora.

Tu estéril sacrificio, ten por cierto,
No resucita al muerto;
Ni él en tu caso tan leal, tan fino,
Imitara tu loco desatino.»

La dulce voz de la elocuente sierva,
El persuasivo gesto del soldado,
El hambre que la enerva,
El olor del guisado,
Y el sabroso mascar acompasado,
La sacaron por fin de su reserva.
Comió y bebió con brio,
Pero con entereza y señorío;
Y ¡oh mujer tan instable como el hombre!
Ya sin que del soldado
La asiduidad le asombre,
Mirale con agrado,
Y que es muy buen conversador repara,
Y de no mala cara.

Y así como su estómago, ¡oh vergüenza!
Así á ceder su corazón comienza,
Que el soldado bellaco
Le buscaba tambien este otro flaco.

La gratitud de la oportuna cena,
La hora, el lugar, la sombra, y la amarilla
Vislumbre de la opaca lamparilla;
Del soldado la mágica palabra
Que á manera de música le suena
Y el tierno corazón le mina y labra,
Todo, el casto edificio va aflojando
Con un desmayo blando.
Y de la viuda triste,
Que casi no resiste,
El militar ¡oh triunfo no pequeño!
Por todas partes se va haciendo dueño.

Al fin vencida, delirante, ciega,
Ebria tal vez al milite se entrega,
Y ¡en ese dormitorio!
Celebran clandestino desposorio.
Que así la castidad, pudor recato,
Y todo el aparato
Que una existencia dura.
Cede en un cuarto de hora de locura.

La triple llave de oro
Que guardaba tan cálido tesoro,
El tesoro tan puro y codiciado
Fué pasto fácil de un vulgar soldado.

La que en el mundo cuando en él anduvo
Jamás tentada de pecar estuvo;
La que no se estravia ni se pierde
Ni en el muelle retrete ó blando estrado,
Ni en el tálamo rico y perfumado,
Ni del jardín en la glorieta verde,
Ni entanto sitio, en fin, cuya moliceie
Hace que el alma su pureza vicie,

¡La viene á persuadir á que sucumba
Una desierta y repugnante tumba!
La que el lecho nupcial guardó tan fuerte,
Guardar no pudo el lecho de la muerte.

¡Oh tú, soez custodio
De un vil ajusticiado,
Que tan dulce episodio
En tu burda existencia has encontrado!
Al ver cuán bien te sale
Todo todo en suceso tan extraño,
Verás ¡cuánto mas vale
Llegar á tiempo que rondar un año!
Quedaos con un palmo de narices
Efesios infelices.

¡Oh, que el Pecado hasta en el aire zumba!
Y en el propio sepulcro se agazapa;
Y la Virtud que incólume se escapa,
No llega al cielo, no, que él la derrumba
En esa lid postrera de ultratumba.

¡Cuál sería el orgullo, el alborozo
Del aguerrido mozo,
Triunfante al verse con victoria doble
De matrona tan noble;
Si, que logró obligarla, todo junto,
A comer y á olvidarse del difunto!

El nuevo día llega,
Y aunque penetra con su luz dorada
La fúnebre morada,
No da fin á la lúbrica refriega.
Un día y otro día
Pasó, y tambien la subsiguiente noche,
Sin que ella que en sus brazos lo ceñía,
Los brazos un instante desabroche.

Pasaban pues las horas de este modo
Con la puerta cerrada á piedra y lodo,
Para que si un amigo ó deudo acude,
Al verla así no dude
Que la viuda al dolor ha sucumbido
Y yace muerta sobre su marido.

Aunque bajo el imperio
De tanta dicha y tan feliz misterio,
El soldado salia de continuo
En pos de provisiones y de vino,

Mas tanto descuidó su ministerio,
Que en encontrar no tarda
La cruz que tan mal guarda
Sin el crucificado
A su firme custodia encomendado.
Que aquel reo infeliz viuda dejaba;
Si no matrona que la fama alaba,
Mujer al menos pia,
Y constante segura
Que el patibulo ronda noche y día
Buscando coyuntura
De dar á su marido sepultura.
Y un día en que la guarda
Más en salir del aposento tarda,
A la cruz del suplicio una escalera
Allega, y el ansiado
« DESCENDIMIENTO » opera;
Que si no es de RIVERA,
Se captará á lo menos
La simpatía de los hombres buenos. (2)

El soldado que sabe
Que le va la cabeza
Por descuido tan grave,
Quedóse de una pieza
Al ver la cruz, y á enloquecer empieza,

¡Oh amarga tornaboda!
¡Oh lago puro cuya faz se enloda!
Oh soldado infeliz! la cruz te espera
Para hacerte pedazos!
Por la matrona y por sus dulces brazos
Ella te abre los suyos..... ¡de madera!

Adios, amor, placer, breves delirios;
Instrumento de afrenta y de martirios,
La cruz te espera allí, fija en el suelo:
Capilla ardiente que tendrá por cirios
Los blandones del cielo.

En vez de besos puros
Te aguardan lazos duros;
La glacial intemperie,
Y tras tan larga serie
De males, una viuda
Que ciertamente no vendrá en tu ayuda;
Y que al pié de la cruz la hora aguarda
De suplantarte con el otro guarda.

Pero á mis reflexiones me replica
Que el á Caton imitará, el de Utica,
Y que se matará no cabe duda,
Pues la crucifixion es cosa ruda.
Y saca (que en efecto mi soldado
Era muy arrojado)
La espada y contra el seno se la aplica.

Mas la casta matrona
Que vivo lo ve aún, no lo abandona.
« No permitan los cielos
(Dice) que á un tiempo arrastre yo dos duelos,
Ni que llore enterrados
Dos seres de mi pecho tan amados.
Si en solo un muerto tu vivir estriba,
Muera el que ha muerto ya, y el vivo viva...»

La sierva, completando de su ama
El pensamiento, exclama:
« ¡A vivir y acabemos!
¿ Qué falta? Un muerto? A mi señor colguemos.
« Si » repite la viuda; « en el instante
Vaya él á ocupar la cruz vacante,
Que es mas equitativo
Colgar al muerto que perder al vivo.

El ha muerto; es un hecho;
Y cuando con la muerte se apechuga...
(Una hipócrita lágrima aquí enjuga)
Es fuerza resignarse! ¡a lo hecho...pecho!
¡A lo hecho, pecho! repitióse en coro;
¡A lo hecho, pecho! y enjugóse el lloro,
¡A lo hecho, pecho! y todos tres se huelgan;
Y ajusticiando al punto
Al infeliz difunto,
Reo sin culpa de la cruz lo cuelgan.

Fué otra vez vuelto á la luz
El ya muerto y enterrado,
Y ahorcado y ajusticiado,
Y afrentado en una cruz.

Y cuando el hecho tan ruin
Se supo por la ciudad,
Confirmóse esta verdad:
Nadie es dichoso hasta el fin. (3)

Lima, Mayo de 1872.

[1] Petronio, escritor latino del tiempo de Neron. trae este suceso en su obra titulada el "Satiricon," Cap. CXI. dándolo como realmente acaecido en esos dias.

[2] En la relacion de Petronio, no es una viuda, sino padres ó parientes [parentes] los que vienen á sustraer el cuerpo del ajusticiado.

[3] La relacion latina concluye así "posteroque die populus miratus est, qua ratione mortuus esset in cruce." Y al día siguiente el pueblo se maravillaba, no comprendiendo cómo el muerto se habia ido á la cruz.

RECUERDOS.

Á MI QUERIDA MADRE, LA SEÑORA
MARIA LUISA VARGAS DE DELGADO.

Une mère..... c'est une femme, un
ange qui est là, qui vous regarde, qui
vous apprend à parler, qui vous ap-
prend à aimer, qui rechauffe vos doigts
dans ses mains, votre corps dans ses
genoux, votre ame dans son cœur.....

VICTOR HUGO.

¡Oh, qué alivio se encuentra, si del alma
En que llega la angustia á hacer su nido,
Secando del amor la verde palma,
Entre llanto, se exhala algun jemido,
Y de la madre en la perdida calma,
El nombre se pronuncia bendecido:
Cancion de amores, misterioso nombrer
Que es el primero que pronuncia el hombre!

¡MADRE!..... nombre de gloria y de ventura,
Himno feliz, sagrado y armonioso,
De cuyas notas la sin par dulzura
Resuena en todo pecho generoso,
Que repite en el cielo con ternura
A toda hora un arcángel misterioso,
Y que Dios mismo, el Dios omnipotente
Invocó en el calvario reverente!

¡MADRE!..... la mía es sol de mi existencia
Y único encanto de mi triste vida,
Flor celestial de perfumada esencia
Por celestiales auras remecida,
Blanca paloma, cuya cruel ausencia
Abre en mi pecho tan mortal herida,
Que siento que sus fibras todas rotas
Sangran al son de mis dolientes notas!

Y pues la triste, la fatal estrella
Que mis pasos conduce en esta vida,
Jamás ha sido esplendorosa y bella
Y entre otras mil se confundió perdida,
Sola mi madre, sí, tan solo ella,
En mi amarga existencia y maldecida,
Es el arcángel que me da consuelo,
Mi única luz, mi porvenir, mi cielo.

¡Cuán gratos, adorables pensamientos
Acuden á mi mente en este instante,
Al recordar los plácidos momentos
En que tierno miraba su semblante
Revelando los nobles sentimientos
Del corazón mas puro y mas amante,
Y el alivio que fueron á mis males
Sus caricias y besos maternos!

Ah! yo recuerdo que en mi edad primera,
Con voz afable, tierna y cariñosa,
Me mostraba la senda verdadera
De la santa virtud, y que engañosa
Del vicio la apariencia lisonjera,
De pronto nos halaga, y ponzoñosa,
Como sierpe salida del averno,
Nos mata y nos sepulta en el infierno.

No olvidaré que con su santa mano,
Al despertar, mi frente persignaba,
Y alzando á Dios un himno cotidiano
La religion cristiana me enseñaba,
A respetar al venerable anciano,
A consolar á todo el que lloraba,
Y á que al huérfano viese y al mendigo
Como á hermano, mas bien que como amigo.....

¡Qué dichosa era entonces mi existencia
Arrullada por tí, madre querida,
En esa edad feliz de la inocencia
Que pasó entre mil flores escondida,
En pos dejando de su grata esencia
Las sangrientas espinas de la vida,
Y la copa mortal de ese veneno
Que guardan las pasiones en su seno!

Entonces, si al subir por la escabrosa
Pendiente de la vida, suspiraba,
Si del dolor la sombra tenebrosa
Mis sienas infantiles coronaba,
Te me traba la faz triste y llorosa
Y tu sagrado nombre pronunciaba,
Tú, con tu tierno y sin igual cariño
Enjugabas mis lágrimas de niño.

Ay!... y mas tarde—aun hace pocos años—
Como ángel tutelar de mi existencia,
Me mostrabas los crueles desengaños
Que solo nos enseña la experiencia;
Mas del mundo á los májicos amaños
No pudo hacer mi pecho resistencia,
Y hubo un día..... feliz, en que enjugaste
Mis lágrimas de amante y suspiraste.

Y siempre que la fuerza del destino
Me ha brindado su cáliz de amargura,
De mi vida en el áspero camino
Esparciendo sus gotas de hiel pura,
Te he visto yo cual ángel peregrino
Mitigar mi dolor con tu ternura,
Y pedir fervorosa al justo cielo
Para mis hondas penas el consuelo.

Pero hoy, ausente de los patrios lares,
Donde entre flores se meció mi cuna,
Lloro á la orilla de apartados mares
Los sinsabores de mi cruel fortuna,
Sin tener en mis íntimos pesares
Dulce consuelo, ni persona alguna
Que, como tú, con maternal encanto,
Secára los raudales de mi llanto.

Por eso, al verme en soledad tan triste,
Tu nombre ¡oh, madre! en mi dolor invoco,
Que mi espíritu débil no resiste
La confusion de mi cerebro loco;
El abrazo postrero que me diste
Y tus recuerdos con amor evoco,
Sin que tenga mas bien, mas lenitivo,
En la cruel horfandad en que ahora vivo.

Mas, si á pesar de mi íntima amargura
Llegan á tus oídos mis cantares,
En alas de la ráfaga insegura
Que cruza los espacios y los mares,
Bendíceme amorosa, con ternura,
Cual te bendigo yo, y á mis pesares
Sirva de santo y único consuelo
La esperanza de vernos en el cielo.

A. DE LA E. DELGADO.

Lima, 1866.

REVISTA DE LA MODA.

Débil aún y habatida por la cruel enfermedad que, en días pasados, ha combatido mis fuerzas, escribo esta pequeña revista para las lectoras de «La Bella Limeña.»

Aunque poco variada, por tan poderosa razon, no dejará de ponerlas al corriente de algunas novedades del mundo elegante, que vienen en pos de los nublados días del invierno.

Las telas mas elegantes y propias para la estacion, que se han internado ultimamente son los paños de Lion, las popelinas en liso, los chivion con cenefa y fleco, las cretonas diagonales, los escoceses de todas clases y las valencias de mucha novedad.

No es grande, sin embargo, la variedad que se nota hasta ahora en la confeccion de los vestidos. Pero me ha llamado la atencion, por el buen gusto con que se encuentra adornado, uno de tafetan negro que ha cosido la modista Dancourt para una señorita muy distinguida de esta capital. La falda está guarnecida de dos volantes plegados, de manera que componen dos abanicos dobles. El medio vá atravesado por una tira de tafetan negro, en tanto que una tira muy larga separa los abanicos, y el todo riveteado con una pasamaneria negra. Túnica del mismo tafetan y corpiño alto, con aldetas.

El paletó de que hablé á UU. en mi revista del 1.º de Junio puede ser de paño terciopelo blanco, con solapas vueltas y vivos de terciopelo negro y adornado desde el boton que cierra la solapa al hombro izquierdo con gruesos cordones y borlas de seda negra.

Y con esto me despido de mis lectoras hasta la próxima semana.

ETELVINA LERZUNDI.

MOSAICO.

LACONISMO.

Nacer, llorar, dormir, comer y morir de un atracon, es en compendio la vida de un holgazán.

EPÍGRAMA.

En cierto lugar habia
Una gran cuba de miel,
Y en ella se ahogó Miguel—
¡Qué dulce muerte tendria!
¡Quién se cambiara por él!

A. DE LA E. DELGADO.

SUCEDIDO.

Estaba un soldado paseando, y hacia muy poco tiempo que acababa de encender un puro, cuando se le presentó el general vestido de paisano á pedirle fuego.

Después que hubo encendido se lo devolvió dándole las gracias.

El soldado le dijo que ya podia tirarlo.

El general le contestó que era lástima tirar un puro que aun no estaba á la mitad, pero tanto se obstinó el soldado que por fin lo hizo.

Entonces éste exclamó: Gracias á Dios que he mandado una vez en mi vida.

LA MUJER BELLA.

La hermosura de la mujer es como la de las flores: nos encanta, pero pasa con la alborada de su existencia.

Mas una mujer será siempre bella, si es tan modesta como amable; en una palabra: si es virtuosa.

A. DE LA E. DELGADO.

MOVIMIENTO DE ALFIL.

SOLUCION AL INCERTO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Sepa el vate infortunado,
Que en arrostrarnos se empeña
Que hoy una bella limeña
Dos reales cuesta y no mas,
Que si una peseta vale
«La Bella Limeña,» veo
Que nada valdrá el muy feo,
Como no valió jamás.

ADRIANA.

Han presentado esta solucion las señoritas Benice Mendoza, Adelaida Rivero y G. P. de Garcia.

TIPOS DEL SIGLO.



—¡Salud, encantadora Robustiana! Esta noche la encuentro á U. mas hermosa que nunca!.....

—¡Gracias, incomparable Tranquilino; será por que estoy peinada á la moda, é porque sus ojos son lindisimos!

ANUNCIO ESPECIAL.

Se suplica á los suscritores que no hayan recibido el N.º 10 de «La Bella Limeña,» que se sirvan dispensarnos esa falta involuntaria, ocasionada por la inexactitud de un repartidor que ya hemos reemplazado con ventaja.

EE.

"LA BELLA LIMEÑA."

PERIÓDICO SEMANAL PARA LAS FAMILIAS.

Contiene artículos literarios, científicos, históricos y de costumbres, novelas, poesías, música, pintura, modas, crónicas, etc., etc.

COLABORADORES.

Adelaida Rivero.
Adriana Santander.
Armando de la Fuente.
Adolfo de la Jara.
Asisclo Villarán.
Carolina Freyre de Jaimes.
Clemente Althaus.
Carlos Augusto Salaberry.
Constantino Carrasco.
Carlos Walker Martínez.
Etelvina Lorzundi.
Eugenio Larrabure y Unanue.
Ernesto Noboa.
Eusebio Lillo.
Eduardo de la Barra.
Estevan Camilo Segura.
Francisco de Paula G. Vigil.
Francisco Javier Delgado.
Felipe M. Rotalde.
Florentino B. y Helguero.
Ignacio Noboa.
Isaac Martínez Avellaneda.
Juana Manuela Gorriti.
Juan Arguedas Prada.
Juan Leon Mera.
José Toribio Mansilla.
Juan F. Ezeta y Carassa.
Leonor Saury.
Luis Benjamín Cisneros.
Luis Rodríguez Velasco.
Margarita del Valle.
Manuela Villarán de Placencia.
Mercedes Belzu de Dorado.
María Josefa Mujía.
Manuel Gonzales Prada.
Modesto Molina.
Pedro Paz-Soldan y Unanue.
Rosa de Campo.
Ricardo Palma.
Rosario Orrego de Uribe.
Samuel Velarde.
Trinidad Fernandez.
Victor R. Benavidez.

JEFE DE LA REDACCION Y DIRECTOR DEL PERIÓDICO.
ABEL DE LA E. DELGADO.
Calle de Concha N. 77.

Anuncios.

A LAS SEÑORITAS. MADAMA DANCOURT

MODISTA DE PARIS.

80.—CALLE DE VALLADOLID—80

Tiene el honor de participar a las señoritas que acaba de recibir un surtido de figurines para la estación de invierno.

PRECIOS MUY EQUITATIVOS.

ALMACEN DE MUSICA

DE

NIEMEYER & INGHIRAMI,

CALLE DE MERCADERES, 195.

Han llegado últimamente las siguientes piezas de música:

Neumann—Sonvenir de Pipelé, 6 reales.
Id —Un baile en máscaras, 1 peso.
Id —Si me miras me matas, 2 reales.
Pala —Vespertino, vals, 6 reales.

Tito Mattei—Ferrero, vals, 6 reales.
El temporal del cabo de Hornos, vals, 6 reales
Perny—El Diavolino, 6 reales.
Marcha fúnebre de «Ione», 1 peso.
La Paloma, Danza para piano, 5 reales.
La Paloma Danza para piano y canto, 6 reales.

FOTOGRAFIA

DE

RICHARDSON y C^a

Retratos estilo Rembrandt.
Vistas de todos tamaños.
Especialidad en este ramo.
Puntualidad y esmero en el cumplimiento de las órdenes.
CALLE DE PLATEROS DE SAN PEDRO.

"LA PATERNAL"

COMPañIA PERUANA de SEGUROS sobre LA VIDA

DOMICILIADA EN LIMA,

Casa de Torre-Tagle, calle de Ucayali 103

Esta gran caja de ahorros tiene por objeto crear capitales, dotes y rentas.

DIRECTOR.

Dr. D. José Antonio Barrenechea.

SUB-DIRECTOR:

D. Carlos Pont.

JUNTA DE VIGILANCIA.

La componen los señores siguientes:

D. Francisco Carassa (Presidente).
» Julian Zaraqandegui (Vice-Presidente).
» Aurelio Denegri.
» Rafael B. Gonzalez.
Dr. » Mariano Loli.
» José Unanue.
Dr. » Manuel Bandini.
» Pablo de Vivero.
» Juan Ignacio Elguera.
» José Macandreuvo.
Dr. » Teodoro La-Rosa.
» » Rafael Velarde (Secretario).

A mas de la garantía que ofrece la Compañía por su constitucion, tiene depositado en el Consulado como FIANZA

53,000 soles,

que se irán aumentando hasta 150,000 soles.

CAPITAL DEPOSITADO EN EL CONSULADO POR CUENTA DE LOS SUSCRITORES

718,700 soles.

CAPITAL SUSCRITO HASTA EL 1º DE MAYO DE 1872

4.702,766 soles,

EN 4,408 SUSCRITORES.

Prospectos y explicaciones verbales pueden darse en la Direccion, a cualquiera hora del dia.

Davis Brothers, IMPORTADORES DE EFECTOS AMERICANOS,

Unicos agentes para la venta de las legítimas

MAQUINAS DE COSER DE HOWE

y las perfeccionadas de mano de

RAYMOND.

Agujas, útiles y piezas para máquinas de coser.

28, CALLE DE PLATEROS DE SAN PEDRO, 28.

AGENCIA GENERAL.

En la Agencia General de José Alleguez se proporciona, con la mayor prontitud, toda clase de sirvientes, desde mayordomos hasta criados de mano, amas de leche y cocineros. Para obtenerlos no hay mas que dirigirse en Lima a la Agencia General de la calle de Plateros de San Agustín No. 48.

MANUEL POUMAROUX,

CALLE DE LAMPA (ANTES CARRERA) N° 93.

Vende pianos de Bataille, de Pleyel, de Gombéau y de Eweh.

Cambia, afina y compone pianos.

Se ocupa tambien de toda clase de compras y ventas a comision.

IMPRESA DEL UNIVERSO,

CALLE DE BELAUCHAGA No. 136.

La gran variedad de tipos modernos, el hermoso surtido de combinaciones, grabados, adornos, etc., y el selecto material en general que posea esta oficina, le permite trabajar toda clase de obras con la misma perfeccion que las que se imprimen en Europa.

Las que trabaja para el comercio son:

Pagarés, letras de cambio, cheques, conocimientos, contratos de fletamento, pólizas, planillas, vales, facturas, circulares, guías, etiquetas diversas, tarjetas de establecimientos, anuncios, estados de todas dimensiones y rayados segun convenga, roles de tripulacion, acciones y toda clase de otros documentos comerciales.

Ademas trabaja tambien:

Esquelas de matrimonio, de funerales y otras, recibos de todas clases, programas, prospectos, rótulos, diplomas certificados, etiquetas de botica, id. para vinos y licores, tarjetas de visita, boletos diversos, timbrados, etc.

Libros y folletos en español, inglés, francés, alemán, italiano, etc., cuya correccion será hecha con esmero.

Y cualquier otro trabajo concerniente a la tipografía, todo lo que será ejecutado con la mayor prolijidad y a precios muy equitativos.

Se encarga tambien de toda clase de trabajo de encuadernacion, desde la obra a la rústica hasta la de pasta de lujo.

Consultando el interés de las personas que se dignen favorecernos con su confianza, así mismo que el buen crédito de mi establecimiento, me comprometo a cumplir escrupulosamente mis compromisos, haciendo las obras con la mayor prontitud y a satisfaccion de los interesados. En fin, mi principal móvil es ser útil a la sociedad, en la esfera que me permiten mis conocimientos del arte tipográfico.

Carlos Prince.

Economía del Periódico.

"LA BELLA LIMEÑA,"

PERIÓDICO SEMANAL PARA LAS FAMILIAS

Se publicará todos los Domingos.

La suscripcion mensual vale 80 centavos, que se pagarán adelantados.

Por un semestre 4 soles.

En los otros departamentos no se recibe suscripciones por menos de un trimestre

Los números sueltos se venden a 20 centavos en los lugares de costumbre.

Los lugares de suscripcion son:

La Direccion y Redaccion del periódico, calle de Concha No. 77.

La librería de *El Arca de Noé*, calle de Palacio No. 12.

La Librería Central del señor Aubert, calle de Espaderos.

El almacen de música de los señores Niemeyer e Inghirami, calle de Mercaderes No. 195.

La imprenta del Universo, calle de Belauchaga No. 136.

La casa de los señores Colville y Dawson, en el Callao.

La botica del señor Chavez, en Chorrillos.

Y todas las agencias del periódico en los departamentos.

Los anuncios se pagarán a precios convencionales.

Las columnas de *La Bella Limeña* se ofrecen gratis a todos los escritores nacionales y extranjeros, para los artículos que sean de interés general.

Siendo este un periódico literario, de modas y de costumbres, no se insertarán en él los escritos que tengan relacion alguna con la política del país.

Imprenta del Universo, de Carlos Prince,

CALLE DE BELAUCHAGA 136.